

DELGADO SENIOR, IGOR. (2011). CUENTOS COMPLETOS // CUENTOS COMPLETOS II. CARACAS: FUNDACIÓN EL PERRO Y LA RANA.

Reseñado por Carlos Sandoval
Universidad Central de Venezuela
sandovac@gmail.com

Alguna vez José Balza utilizó la expresión “cuentista absoluto” para referirse a la personalidad literaria de Gustavo Díaz Solís. Una categoría que, sin graves pretensiones críticas, definiría también a otros tres narradores venezolanos: Julio Garmendia, Antonio Márquez Salas e Igor Delgado Senior. Acaso habría que incluir en la misma familia a Alfredo Armas Alfonzo y a Oscar Guaramato, pese a que ambos incursionaron al menos una vez en la novela: *Este resto de llanto que me queda* (1987), el primero; *Follaje* (1988), el segundo. Si nos atenemos solo al trabajo sistemático en el formato, los seis constituyen la más acerada muestra de la práctica del cuento *puro* en el país, un ejercicio de constancia artística que sin duda ha dejado huellas en nuestra literatura, pues, en rigor, se trata de autores representativos. (Estoy consciente de que otros escritores resultan cuentistas eficaces; no obstante, restrinjo la observación a los seis mencionados porque sus perdurables materializaciones estéticas se constriñen al cuento.)

Salvo Delgado Senior, estos prosistas clausuran una brillante época del proceso narrativo de Venezuela –visto en perspectiva diacrónica–: asunción eficaz de técnicas de la vanguardia y postvanguardistas, desarrollo de nuevas temáticas, modelaje compositivo de indudable impacto en variadas poéticas de la segunda mitad del siglo XX. Una lección que hoy nadie discute, antes bien, todos avalan.

Por razones biológicas y culturales el caso de Delgado Senior es distinto, pero no menos rutilante. En 1979 edita en México, de manera artesanal, su primer libro: *Ephphetae*, integrado por tres relatos (luego recogidos en otros volúmenes): “La novedosa maqui-pianística”, “Mi diplomático inolvidable” y “Ephphetae”. Un debut silencioso y, para ser francos, unánimemente desapercibido. Por ello, 1985 será la fecha de su verdadero inicio público como narrador: *Relatos de tropicalia* coloca su nombre en el horizonte de nuestra literatura en prosa; más aún, lo ubica en la franja visible del grupo de escritores destacados de aquella década –para algunos la mejor–, respecto del cuento y la novela y de sus artífices, de los últimos treinta años.

Los siguientes títulos: *Sexo sentido y otros cuentos* (1988), *Sub-América* (1992) y *Si me han de matar mañana* (1999) corroborarían una vocación por el relato que convierte a Delgado Senior, ya es momento de decirlo, en uno de los más sólidos cuentistas venezolanos contemporáneos. Su impresionante capacidad para moverse en varios registros discursivos (erótico, fantástico, realista, de fantasía científica) y el dúctil manejo de una precisa erudición que no obstaculiza las acciones basta para confirmar el aserto. Sin embargo, estas cristalizaciones formales y de contenido se ven un tanto atenuadas por otros dos evidentes rasgos de sus piezas: el juego lexical y el talante humorístico que impregna casi todas las anécdotas. En este uso particular de la lengua y su imbricación con lo festivo el autor deviene, hasta ahora, único referente; un arte con el cual alcanza cotas de excelencia y que obliga a considerarlo al mismo nivel de los otros cinco maestros del cuento señalados al principio de estas líneas.

Con todo, su actitud ante la dinámica social de la literatura, la negativa a dejarse bañar por las candilejas de efímeras celebraciones, la poca atención que da a la prensa interesada por su forma de trabajo y por sus demonios personales lo hacen ver como una *rara avis* en nuestra bibliografía. Por añadidura, la carrera escrituraria de Igor Delgado Senior, vivaz y penetrante, suele apuntarse en los inventarios de conjunto, pero se le atiende con escasa frecuencia (hablo de la crítica especializada) en virtud de la complejidad de sus productos y, quiérase o no, de su desparpajo por el aparataje de la vida literaria. Una complejidad constructiva, debo aclarar, que de ningún modo implica potenciales escollos para quien se aventura en los relatos; por el contrario, la experiencia lectora revela fluidez estilística y clara disposición de los asuntos.

Pero, se sabe, los artificios técnicos apenas son parte de una delicada estructura que busca transmitir contenidos profundos. Así, el énfasis en malabares lexicales, en aliteraciones rocambolescas, en la resignificación de lugares comunes del habla o la escritura al darles sentidos inéditos, sirve para allanar la entrada a un universo narrativo donde los protagonistas llevan vidas grises (aunque no trágicas) en perfecta armonía con las condiciones externas de una sociedad absurda, hilarante, deficitaria e injusta. Y es que Delgado Senior, hombre de su tiempo (como todo escritor que en el mundo ha sido), trasvasa a sus relatos, en clave ficcional, los avatares típicos de un país subdesarrollado, siempre a medio camino de una posible (¿utópica?) realización socioeconómica; un territorio saturado de anhelos insatisfechos muy a propósito con el despliegue

barroco de su lenguaje creativo.

En la octava década del siglo XX, lapso al cual se adscribe su obra iniciática, nuevas necesidades expresivas pugnaban por incorporarse al campo de lo literario. Delgado Senior será de los primeros que asuma –intuitiva, estéticamente– las vastas posibilidades de la cultura popular urbana: la música (bolero, ranchera, salsa, tango, rock), las series televisivas extranjeras y las telenovelas nacionales, los filmes, el cómic, los preciados objetos del consumismo masivo. En muchos de sus relatos abundan estos, llamémoslos, enseres imaginarios, no como simples referencias del contexto o meros ornamentos para recrear ciertas atmósferas, sino en su calidad de trazas espirituales. La presencia de estos utensilios del alma latinoamericana plasma en los cuentos una realidad que supera el efecto de una anunciada derrota al transformar los mediocres destinos humanos en una fiesta de la sobrevivencia, del sexo, del humor, de burla a las instancias de poder, cualquiera que éste sea.

Advierto, sin embargo, que la apropiación de elementos populares representa solo una de las características de esta narrativa; otras, las más ostensibles, se relacionan con el trufado de acotaciones eruditas en cualquier instante de las historias, sin menoscabo –se repite– de sus desarrollos. De allí que sea común tropezarnos con narradores o personajes de medio pelo que de pronto sueltan un axioma griego o refieren pasajes de óperas para comentar un hecho. O, con mayor frecuencia, sujetos de tinta a quienes el oficio literario o afín a éste (funcionario de una biblioteca, operario editorial) transforma en vicarios héroes de las ficciones que desbaratan su juicio y que, pese a ello, encarnan como insólitos proyectos de vida.

Esta suerte de dialéctica de la composición es la estrategia que permite a Delgado Senior discutir narrativamente –quiero decir: desde el terreno del arte, como esteta (lo cual explica su opulento y nítido manejo de la lengua)– las adversas condiciones que tornan invivibles las ciudades de este lado del Atlántico y que los protagonistas llevan consigo (las ciudades, se entiende) a la menor oportunidad de pasar a la otra orilla. Una discusión, anoto, que no concede espacio a reclamos o propuestas de mejoras sociales, aun cuando sea obvio el interés por retratar muchos de los entuertos del país y del Continente. La inteligencia creativa del autor supera esas tentaciones sociologizantes, que en otros escritores es causa de naufragios, con el aditamento de un fino humorismo que resuelve todos los conflictos internos del relato

y que deja flotando la risa como cierre de las tramas.

Así pues, ironía y humor, pirotecnia verbal y minucioso conocimiento de las varias modalidades del género cuento sostienen el *ars* narrativa de Delgado Senior, la cual se fragua en un repertorio temático que aborda los más disímiles aspectos de la cotidianidad.

Esta compilación, que reúne la totalidad de sus cinco libros anteriores, suma dieciséis piezas hasta ahora inéditas que bajo el título de "Mentiras tuyas" constituye, de suyo, un volumen; esto es, su sexto tomo de relatos. Alcanza aquí el callado Igor, en este nuevo compendio, fulgurantes tonalidades simbólicas y prueba, otra vez, su sabio quehacer estético al conjugar ritmo y parodia con las pulsiones de un imaginario colectivo que cifra en la resignada alegría la fuerza de su persistencia. Un acierto editorial disponer hoy, en un solo cuerpo, uno de los logros narrativos más admirables de la literatura venezolana.